

desde en medio del mundo á los pensamientos eternos por una multitud de avisos. ¡ Ojalá que esta asamblea, este espectáculo, esta atencion que me prestais, os despierten, y que esta noche que se acerca para hablaros de Dios os sea *noche buena!*

## SERMON DECIMOSÉPTIMO.

**De la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica.**

La doctrina católica produce á la vez en el espíritu humano una certidumbre racional y una viva repulsion. La fuerza de la doctrina sale victoriosa evidentemente, puesto que desde hace tantos siglos ha resistido á esta repulsion perseverante: pero, Señores, ¿ es la certidumbre racional del cristianismo quien la ha sostenido por sí sola en la lucha? ¿ Es ese brazo de carne, ese socorro humano y visible á quien debe el haber triunfado de tantos y tan terribles enemigos? No lo creais, eso es imposible; toda doctrina que no tiene mas que un apoyo racional, que no se defiende mas que por la razon, es una doctrina impotente, una doctrina perdida, y para decirlo de una vez, una doctrina académica.

Quiero, pues, demostraros hoy dos cosas: la necesidad que tiene el cristianismo de poseer una certidumbre mas vasta y mas excelsa que la certidumbre racional, y la existencia de esa certidumbre mas vasta y mas excelsa en provecho de la doctrina católica, y como resultado de su accion.

Ya he dicho que la doctrina es la ciencia del bien y del mal, la ciencia de la vida: pertenece, pues, de derecho á todo lo que vive, comprendiendo la vida; á todo lo que vive, siendo dueño de la vida; á todo lo que vive, pudiendo dirigir su vida, es decir, á los seres inteligentes. Pero la doctrina no es un guía verdadero sino en tanto que da la certidumbre, porque una doctrina que no da la certidumbre no es mas que un hilo que se rompe entre los dedos, como aquel hilo que extraviaba mas bien que conducia á través de los tortuosos rodeos del laberinto. Ahora bien, la certidumbre racional, conviccion reflexiva y sabia, no se emplea evidentemente sino por un cortísimo número de hombres, capaces de darse cuenta de los motivos de su adhesion á un conjunto de ideas. Los niños no pueden hacer esto, y la niñez es el principio de la humanidad; toda humanidad pasa por la cuna, y está humillada entre mantillas

que no le permiten conocer por sí misma la vida de quien ella es la entrada. Al salir de la infancia, que se prolonga mucho mas de lo que creemos, se apoderan de nosotros otras necesidades; nos es forzoso ganar el pan de cada día, á ello estamos condenados todos, y muy pocos eluden esta ley. Ahora bien, Señores, vosotros estais demasiado adelantados en experiencia para saber cuántos sudores, cuántas inquietudes y cuánta sujecion del pensamiento cuesta la necesidad de sustentar su propia existencia, sin contar aquellas que dependen de la nuestra; y esta sola consideracion me da el derecho de deducir que la humanidad está llamada á gobernarse por motivos de que no puede darse razon científicamente. La ciencia es el patrimonio de una débil minoría; y al nombrar la ciencia, no entiendo la plenitud de los conocimientos humanos, sino un simple ramo desprendido de ese árbol vigoroso. Muy pocos entran en el santuario del saber, aun por una sola puerta. ¿Qué será cuando se trate de una doctrina que á todo se refiere y todo lo abraza?

La doctrina católica bajo el aspecto racional tiene sus raices en la metafísica, en la historia, en la política, en las ciencias naturales: en la metafísica, por el estudio de Dios y del alma, de las sustancias espirituales y de sus relaciones con las sustancias materiales; en la historia, porque se apoya sobre hechos que han ocurrido en todas las épocas del mundo, y que se completan cada dia; en la política, puesto que ha cambiado la faz de la sociedad, y lucha de continuo contra fuerzas sociales que propenden á modificar su obra; en las ciencias naturales, puesto que en la tierra todo explica á Dios, manifiesta á Dios, habla de Dios, y no hay un árbol al margen de un arroyo, ni un grano de arena á las orillas de los mares, ni un astro en el cielo, que no venga de Dios, que no vaya á Dios, que no subsista por él y no publique sus leyes. De modo que la doctrina católica tiene vínculos con todos los conocimientos posibles, y es necesario tocar en todos los puntos de esta vasta circunferencia para llegar á la certidumbre racional del cristianismo. Pregúntese á un metafísico, á un historiador, á un médico, á un jurisconsulto, y no dará respuesta sino acerca de su ciencia particular: nosotros que representamos la certidumbre racional del cristianismo, debemos respuesta á todo, de cualquiera esfera que parta el argumento. Todos tienen derecho á preguntarnos sobre todo; nuestro deber es satisfacer á todo, y si permanecemos mudos, no diré yo que hacemos traición á la doctrina; pero nuestro silencio

probará al menos la dificultad de conocerla en su infinito desarrollo, puesto que aquellos mismos que le consagran su vida pueden ser algunas veces, no digo trastornados, pero sí sorprendidos y obligados á aguardar de los siglos la respuesta inevitable que siempre trae el tiempo á la verdad. ¿Exigiréis por ventura del género humano semejante ciencia? Señores, es evidentemente incapaz de ello, y por consiguiente si la doctrina católica no tuviese otro apoyo que la fuerza racional, pereceria, porque en suma la multitud ignorante forma la masa de la humanidad, y la verdad le ha sido destinada tanto como á vosotros, mejor que á vosotros, puesto que las almas consideradas en sí mismas son iguales, y necesariamente hácia el mayor número debe inclinarse Dios la balanza.

Me diréis: Convenimos en ello, y así Dios ha preparado á los ignorantes una certidumbre racional indirecta, es decir, que conociendo su impotencia se refieren á los que saben, á la aristocracia depositaria de la ciencia y de la certidumbre racional. Pues bien, Señores, aun cuando admitiera esto, os probaria que no puede ser de este modo, si bien cuando lo admitiera no deberíais olvidar que existen sobre la tierra dos autoridades que enseñan; una autoridad que afirma, y es la Iglesia católica, y una autoridad que niega, y es esa vasta conjuración de los espíritus de que os he presentado algunos rasgos en mis Sermones precedentes. De modo que cuando el pueblo quiere referirse á la autoridad, se halla en mayor embarazo que nunca, porque ve por una parte una Iglesia admirable, un conjunto de hombres á quienes no se ha visto mas que allí, que creen, que afirman, que bautizan, que se inmolan por su fe; ve ese grande espectáculo de la enseñanza católica explicada en la oración, por las basílicas; en la palabra, por la predicación; en la vida, por la caridad; en la sangre, por la sangre derramada en testimonio; ve ese grande y heróico espectáculo, pero ve tambien hombres que destruyen las basílicas, que predicán contra la Iglesia, que oponen la filantropía á la caridad, los libros á los libros, el maestro de escuela al párroco, el proselitismo de la caridad al proselitismo de la fe. ¿Es pues fácil al pueblo, espectador de tan espantosa guerra, darse cuenta de un modo científico, y de discernir filosóficamente en este doble eco que hiere sin cesar su asombrado oído, la voz que no le engaña?

Dos filósofos hacían una travesía en una barca, y se pusieron á disputar sobre puntos de metafísica y de religion. Había al lado de ellos un capuchino, que se mostraba muy atento al debate. Termi-

nada la travesía, se levantaron los filósofos y dijeron al religioso : Padre, ya que habeis oido nuestras razones, ¿ á quién dais la razon ? Habiendo meditado un instante el capuchino, respondió : Señores, os he escuchado con la atencion mas profunda y con el mayor gusto, y si debo deciros mi pensamiento..... ¿ Es fuerza que os lo diga ? — Sí, gritaron á la vez los filósofos. — Pues bien, no he comprendido una sola palabra de todo lo que ha formado el asunto de vuestra disputa.

Señores, ese capuchino es el pueblo, es la humanidad con su traje burdo y su cuerda á la cintura; es la humanidad iliterata, pobre, cubierta de sudor, trabajando para ganar un miserable sustento. ¡ Y creéis que Dios ha prometido su salvacion al precio de todos los logogrifos que agitais hace seis mil años ! Juro por la bondad divina que no es así ; la verdad no es una esfinge que propone enigmas al hombre, y que devora á los infelices incapaces de explicarlos.

Además, si los pueblos se refirieran á una autoridad puramente humana, habria dos clases de hombres : una que entraria en comunicacion directa con la doctrina, otra que la recibiria de segunda mano ; una que tendria la vision de la verdad, y que hablaria con Dios ; otra que no veria mas que por el hombre, ni hablaria mas que con el hombre, ni recibiria mas que del hombre esta verdad que habrian contemplado los sabios por el privilegio de su nacimiento. Eso, Señores, seria entonces una fe humana, seria lo que llamamos una certidumbre moral. Se creeria en la doctrina católica, como se cree en la existencia de César, porque hay hombres qui atestiguan que César ha existido. Dios y César tendrian la misma certidumbre.

Aun hay mas : si la doctrina católica es verdadera, si hay una doctrina religiosa en este mundo, ¿ debe venir de aquí bajo la certidumbre de esta doctrina ? ¿ Es fuerza que el hombre escale el cielo, como Prometeo, para sacar de allí el fuego sagrado ? ¿ Es el hombre el que con sus medios infinitos debe arrancar la verdad del seno de Dios, ó es Dios quien debe descender para buscarle, asirle, y arrebatarse ? ¿ Es verdadera esta palabra de Cristo : *Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo* (1) ? ¿ O bien es el hombre el que debe atraer á Dios, como esos aparatos que colocamos en lo alto de los edificios para atraer el rayo ? ¿ Debe ponerse en el pedestal de la estatua de la humanidad, comunicándose con

(1) S. Juan, cap. 12, vers. 32.

Dios, lo que se ha puesto en el pedestal de la estatua de Franklin : *Eripuit celo fulmen, sceptrumque tyrannis* ? ¿ Es la doctrina católica el esfuerzo de la razon humana para llegar á la verdad, es una conquista violenta contra una soberanía que nos es hostil, y que nos mide con avaricia el agua y el pan del cielo ?

Dios ha derramado sobre la tierra lo necesario para nuestro alimento natural, con una profusion sin tasa ; ha plantado bosques y sembrado mieses con variedad infinita ; no tenemos mas que bajar las manos y cultivar la tierra para que se cubra de productos. El sol sale todas las mañanas y se pone todas las tardes ; sube y baja la lluvia ; se suceden sin interrupcion el calor y el rocío ; no necesitamos entrar en laboratorios para extraer las sustancias provechosas, están á nuestras plantas, y no piden mas que una ligera cooperacion de nuestra parte, y á veces aun cuando no las cultivamos todavía la tierra es fecunda. Y cuando se trata del alimento del espíritu, de la salud eterna, ¿ queréis que sea el hombre el que lo haga todo, y Dios nada ; que el arado de nuestra razon sea el que abra trabajosos y extraños surcos en la tierra de la virtud y de la verdad ; y que no brote sino lo que nosotros hayamos sembrado, ó mas bien creado con trabajo inmenso ; queréis que inclinados sobre libros por espacio de siglos, no podamos saber mas que algebraicamente que Dios hizo el mundo y que por el mundo ha muerto ! Eso no es así, Señores ; la verdad es una madre que tiene á sus hijos sobre su regazo, que les da la leche, que remedia su hambre y no pide mas que nutrirlos ; y la humanidad es el hijo que no tiene mas que bajarse para encontrar la vida. Sí, debe haber una senda divina de la verdad, una senda fácil y sencilla. Sí, el sol de la verdad sale y se pone todos los dias ; la lluvia de la verdad cae del cielo ; el viento de la verdad sopla al Oriente y al Occidente ; el espíritu que toca á la verdad no es conquistado ; él no va á buscarla el primero, ella es la que le busca, le abraza y le dice : Hijo mio, soy tuya, solo te pido un esfuerzo, y es el de no rechazarme.

No cabe duda : existe sobre la tierra, con relacion á la doctrina católica, una certidumbre mas vasta y mas excelsa que la certidumbre racional. Esta certidumbre debe ser vasta como la humanidad, excelsa como el cielo, fácil como un Dios que ama y que no es avaro. Esta certidumbre debe ser una conviccion iliterata, porque solo una conviccion iliterata puede ser vasta como la humanidad, y aunque iliterata debe ser una conviccion transluminosa, porque si no despidiese luz, no serviria de nada ; y si no despidiese

mas que una luz humana, no estaria en proporcion con el mundo divino que revela. Por último, esta conviccion debe excluir la duda, porque de otro modo no sería una certidumbre. Ahora bien, yo afirmo que la doctrina católica produce en la humanidad esa conviccion, y voy á demostrarlo; investigaré otra vez las causas y las consecuencias.

La doctrina católica no aguarda á que el hombre se halle en la edad de la razon, para apoderarse de él: ella que habita los palacios de los reyes y sus propios palacios, que se mantiene á la puerta de los grandes sepuleros donde duermen los cónsules y las generaciones, descende hasta la cuna de la humanidad, y socorriendo al corazon de la madre natural con su corazon de madre divina, nutre á sus hijos con la leche de las verdades mas profundas. Oye el niño, hace la señal de la cruz que ha salvado al mundo, y cree en Jesucristo.

La doctrina católica que persuade á la infancia, no se desdena de persuadir al hombre del pueblo. Se acerca á él, y le dice: Hermano mio, tú has sido condenado á comer el pan con el sudor de tu frente; tú llevas por vestido mas bien un cilicio que una tela tejida por la mano de los hombres, tus semejantes; ¡oh querido hermano! como decia S. Francisco de Asís, muéstrate contento con tu suerte. Oye, hé aquí que la verdad viene á ti; ella te enseña que tú eres hijo y hermano de un Dios, que tú eres amigo del Dios que vino del cielo por todos, y derramó por tí su sangre. Hermano mio, tú eres una criatura sublime y sagrada; tú no te conoces; despiértate, contéplate, abre los ojos de tu alma, no mires fuera de tu cuerpo que no es nada, sino dentro, y examina en tu interior lo que es un alma hecha á la imágen de la Divinidad. La Iglesia persuade á este pobre hombre; se forma en él un rayo celeste; comprende su alma lo que su razon no comprende; llega á ser una admirable criatura, una santa gloria de Dios; cree, ama, daría su sangre por Dios y sus hermanos; aspira á ello, y al descargar sobre la vigornia su martillo, le parece sentir los golpes que recibió el Salvador, y se dice: ¡Cuán dulce es este aire! ¡Qué agradable es este fuego! La fe que ha transfigurado su alma, transfigura tambien su pena.

Debajo del pueblo, en los lugares de la historia y de la humanidad, encuentro todavía á los Bárbaros, raza áspera y fuerte, que no conocia mas razon que la de la espada; y sin embargo, fueron sometidos por el ascendiente de la Iglesia: su doctrina, tan dulce y tan pura, encontró el camino de su corazon, y le transformó por

una conviccion en que seguramente no tenia la ciencia parte alguna.

¿Quereis descender mas todavía, y llegar hasta el término en que la inteligencia no disminuye mas por hallarse reducida á sus límites inferiores? Vednos entre las tribus salvajes. Un sacerdote se abre paso á través de sus selvas con un breviario, una cruz y un violin: despues de haber orado, toma en la mano el violin, hace vibrar las cuerdas como un eco de la razon divina, toca; los salvajes salen de sus cuevas, miran y escuchan; el hombre que toca, corta una rama de un árbol, forma una cruz y la planta en tierra, y les dice, mutilando en sus labios los restos que forman su idioma: « Sobre el madero que veis, ha sido crucificado un Dios por vosotros; prostraos de rodillas, adoradle, y sed bautizados en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Dejad vuestra desnudez y vuestras flechas; formad una santa república de hermanos, trabaje cada cual para la comunidad; sembrad, plantad, recoged la cosecha para aquellos que no pueden sembrar, ni plantar, ni recoger cosechas; » y ved aquí se eleva la admirable sociedad del Paraguay, esa famosa república, delante de la cual las repúblicas de Atenas y de Roma no fueron mas que un juego de esclavos. No nombro á los autores; cuando paso delante de San Pedro de Roma y me preguntan quién lo hizo, no respondo, porque todo el mundo sabe qué fue Miguel Angel Buonarotti.

Ya lo veis, Señores, la doctrina católica engendra en todas partes y bajo todas las formas una conviccion iliterata, en los niños, en el pueblo, entre los bárbaros y entre los salvajes. Pero este no es mas que un pequeño fenómeno en comparacion del que voy á señalaros. Algun sabio hay que estudia la doctrina católica, que no la rechaza con amargura, y hasta dice de continuo: Sois bien afortunados en tener fe; yo quisiera tenerla como vosotros, pero no puedo. Y dice verdad; quiere y no puede, porque el estudio y la buena fe no siempre conquistan la verdad, á fin de que se manifieste á las claras que la certidumbre racional no es la certidumbre primera sobre la que se apoya la doctrina católica. Ese sabio, pues, conoce la doctrina católica, admite los hechos, y percibe su fuerza; conviene en que ha existido un hombre que se llamaba Jesucristo, que vivió y murió de una manera prodigiosa, le conmueve la sangre de los mártires, la constitucion de la Iglesia; dirá de buen grado que este es el mayor fenómeno que se ha obrado en el mundo, y llegará casi hasta decir que es verdad; y sin embargo, no concluye, se

siente oprimido por la verdad, como le oprime á uno un sueño donde sin ver se ve. Pero un dia se postra este sabio de rodillas, conoce la miseria del hombre, levanta las manos al cielo, y dice: Desde el fondo de mi miseria he clamado á tí, ¡oh Dios mio! y en este momento pasa en él alguna cosa; cae una escama de sus ojos, se consume un misterio, y vedle cambiado. Es un hombre dulce y humilde de corazon; puede morir, ha conquistado la verdad y es semejante á nosotros; ¿Y quién le ha hecho semejante á nosotros? Una fuerza que no es la fuerza racional, puesto que por la fuerza racional habia perecido, y por otro poder ha resucitado.

Así el fenomeno de la conviccion iliterata no solo se opera en los pobres y en los ignorantes, sino tambien en los sabios. Pero ¿qué es esta conviccion iliterata? ¿No es simplemente la autoridad docente de la Iglesia católica que avasalla las almas? Respondo que no. Es un error pensar que un católico, aun siendo ignorante, no entiende nada de lo que cree, y que sin otro motivo de adhesion, solo inclina la frente bajo la autoridad de la Iglesia. Esto es falso, así en derecho como en hecho. En derecho, no decimos: Creo en Dios y en Jesucristo, porque la Iglesia cree; sino creo en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia católica misma, porque Dios cree, y lo quiere, y lo dice, y lo sabe. Y si antes de tener la certidumbre divina de la infalibilidad de la Iglesia tuviéramos fe en su palabra, nuestra fe seria una fe humana, nuestra certidumbre una certidumbre humana. En derecho esta suposicion es falsa. Ved aquí el acto de fe: Dios mio, creo en todo lo que habeis revelado, y nos ha sido propuesto por vuestra Iglesia, porque sois la verdad misma y no podeis engañaros ni engañarnos. El primer motivo de la fe es la veracidad de Dios; la veracidad de la Iglesia no es mas que el motivo secundario y derivado. En virtud del acto de fe, apoyado sobre la veracidad divina, hago yo uno sobre la veracidad de la Iglesia, cuya autoridad emana de Dios.

En segundo lugar, y de hecho, lo que acontece en nosotros cuando creemos, es un fenómeno de luz íntimo y sobrehumano. No digo por eso que las cosas exteriores no obren sobre nosotros como motivos racionales de certidumbre; pero el acto mismo de esa certidumbre suprema de que hablo, nos afecta directamente como fenómeno luminoso, y digo mas, como un fenómeno transluminoso. La doctrina católica nos parece todavía mas evidente que toda doctrina, inclusa la natural, y sentimos por ella lo que no sentimos por las otras doctrinas. Con este motivo nos afecta una luz que no puedo

designar mejor que con el nombre de transluminosa, como se dice transatlántico para designar las regiones situadas allende los mares atlánticos. A ser esto de otro modo, ¿cómo querriais que existiera proporción entre nuestra adhesion, que seria natural, racional, y un objeto que supera á la razon y á la naturaleza? Puedo muy bien, en virtud de la evidencia natural, admitir fenómenos, causas y leyes que están al alcance de mi razon; puedo muy bien establecer una relacion que forme certidumbre racional entre mi luz natural y los objetos naturales; pero no puedo establecer una proporción entre la luz natural y un objeto sobrehumano. Ahora bien, donde no existe proporción entre la luz del entendimiento y el objeto de esta luz, no hay certidumbre, porque la certidumbre supone una proporción entre el entendimiento y su objeto, y es metafísicamente absurdo decir que se establece una proporción entre un entendimiento limitado y un objeto sin medida, entre una cantidad finita y una cantidad infinita.

Yo atestigo, pues, y todos nosotros católicos lo atestiguamos, que nos afecta la doctrina católica, no como tinieblas, sino como luz; no como lo seria uno al entrar bajo una bóveda oscura, sino como lo seria al entrar bajo una bóveda iluminada, radiante, en un edificio inmenso, sin límites, y del cual ni percibimos todas las proporciones, ni calculamos todas las dimensiones, si bien su brillo se apodera de nosotros y nos arrebatara fuera de nosotros mismos. Y esto es lo que hace que tengamos hácia las cosas incomprendibles una adhesion tan grande, resultando de una certidumbre tan absoluta, que excluye toda especie de duda.

El tercer carácter de la conviccion católica, aun siendo iliterata, es el de excluir la duda. En el momento en que el cristiano tiene fe, la duda le es imposible. Se puede, es verdad, perder la fe, y aun este es un fenómeno que se opera difícilmente, y sobre todo no se opera mas que en la juventud; pero ello es que en el momento en que existe la conviccion iliterata, producida por la doctrina católica, la duda es imposible. Si esta duda existiera, la comprenderiais, la veriais á las claras, sentiriais vacilar el corazon del católico y sus discursos; pero decidme, ¿somos nosotros hombres que hagamos esfuerzos para persuadirnos de ciertas verdades superiores al comun de las gentes? Apelo á vosotros, que habeis visto católicos; ¿somos nosotros hombres de duda? Además, ¿de qué se trata? Nosotros, católicos, atestiguamos los fenómenos que se operan en nosotros; vosotros sois dueños de no creernos, de carecer de oído y de discer-

nimiento. Yo no quiero, ni puedo hacer os fuerza; pero os lo repito: nosotros no tenemos duda, y lo probamos por nuestra conducta durante la vida y á la hora de la muerte. ¿Veis ese pueblo que oye por una parte la palabra de la Iglesia, que afirma, y por otra vuestra palabra, que niega? ¿Le veis vacilar? El niño que hace su primera comunión ¿se halla turbado por el temor de engañarse? Vosotros removeis la tierra y el cielo contra niños, aldeanos, soldados y mujeres; armados de piés á cabeza, caballeros del error, cabalgais guarnecidos y caparazonados, y descendéis á la liza contra la vil plebe de la humanidad; ¿os escucha el pueblo cristiano? Sigue su camino, y va á la eternidad sin miraros ni oiros.

¿Es esto duda, ó es una certidumbre iliterata y transluminosa? si fuera una certidumbre solo luminosa, ese pobre jornalero, ese niño, esa doncella podrian responderos, y no os responden nada. Vosotros les hablais de metafísica y de historia, diciéndoles: La Iglesia es la que te hace siervo, tú eres naturalmente soberano; la Iglesia te hace pobre, tú eres naturalmente rico; tu hambre es culpa de la Iglesia, tu sed culpa de la Iglesia; tu camisa rota, culpa de la Iglesia; tu destrozado lecho, culpa de la Iglesia; tu mujer se muere, culpa de la Iglesia; de todos tus sufrimientos, tiene culpa la Iglesia. ¿Y tú no ves esto? Si al menos os dirigierais á mí, mi palabra podría medirse con la vuestra; pero ¿qué querríais que os respondiese ese pueblo, si no tuviera mas que su ciencia y su razon? Por fortuna, y gracias á Dios, posee una luz divina delante de la cual la vuestra no es nada; siente delante de vosotros lo que se experimenta cuando se ve delante del sol al ciego que le blasfema. Nosotros vemos el sol de la verdad eterna, y vuestras palabras contra él no las percibimos: son como el silbido del pastor junto al poderoso murmullo del Océano.

Existe, pues, Señores, una conviccion iliterata producida por la doctrina católica, conviccion transluminosa y que excluye la duda; certidumbre verdadera, pero que nos es racional, puesto que es iliterata y no fundada sobre la evidencia y sobre el raciocinio: certidumbre inamisible en la humanidad, aun cuando sen amisible entre los individuos.

Bien sé que vosotros no cuestionais esta inamisibilidad, y que no pudiendo nada contra ella en su pasado, profetizais contra su porvenir. Señores, el porvenir es algo incierto, y cuando uno tiene lo pasado contra sí, temo mucho que tambien tenga en contra el porvenir. Cuando se ha vivido diez y ocho siglos habiéndoselas con el

tiempo, con la ciencia y con la libertad, cuando la ciencia y tambien la libertad lo han intentado todo contra vosotros sin destruirlos, hay una demostracion de que la ciencia, la libertad y el tiempo no saldrán en el porvenir mas airosos.

En suma, nosotros hemos vivido hasta el presente. Hoy mismo tiene Cristo un año mas; dentro de algunas horas, vibrando el bronce de la eternidad en los oidos de los hombres, les habrá dicho: Cristo tiene un año mas.

Y este año, como los precedentes, nos habeis combatido sin vencerlos; todavía respiramos; y si aun retrogradamos un poco hasta principios de este siglo, tendremos motivos para admirar lo que la Providencia ha hecho por nosotros. Entonces esta basilica estaba cerrada, destruidos sus altares, desierto su recinto; y hé aquí que despues de cuarenta años de libertad, de ciencia y de trascurso de tiempo, estas puertas se hallan abiertas, en pié estos altares, y vosotros, Señores, regocijais con vuestra numerosa asamblea estos antiguos muros, que han visto tantos hombres y que se asombran de verlos en mayor número que nunca. Yo profetizo pues tambien, y os cito para aquí mismo dentro de cuarenta años. Vuestra sonrisa, Señores, me advierte de que ya no viviré entonces: es verdad que soy de mas edad que vosotros, y doy gracias á Dios por ello, puesto que este derecho de primogenitura me permite enseñaros y abriros mi corazon. Pero en fin, vosotros estaréis aquí dentro de cuarenta años; Dios os otorgará este tiempo para probar su fuerza y vuestra debilidad. Observad pues, el movimiento de la ciencia y de la libertad humanas, notad en vuestra memoria los ataques que sufriremos de un cabo del mundo á otro, y hecho esto, mirad la hora que será para vosotros y para nosotros en semejante dia.